

# EL ARMARIO DE LOS ALQUIMISTAS

Mauricio B.

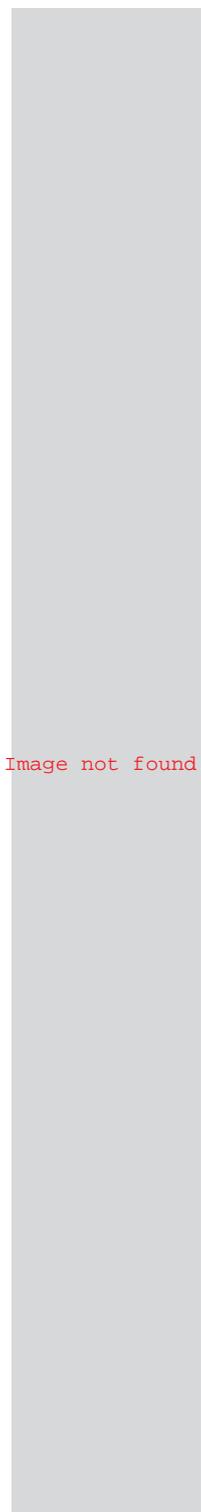


Image not found.

# Capítulo 1

## El armario de los alquimistas

—Es inmenso, *viejo* ¿Cómo hacemos para descubrir la pared?

—Saquemos los frascos, ubiquémoslos en otro sitio hasta vaciar el mueble. Después veremos cómo seguir. Tamaña tarea.

—¡Pero son cientos! Dedicaremos buen tiempo.

—No tengo idea. Por lo pronto comencemos ubicándolos en el piso. Deberemos encimarlos con cuidado. A juzgar por los rótulos y los aromas algunos pueden contener material dañino.

Intentamos a desocupar el mueble deliberadamente, cada uno por su lado. Daba pena alterar el orden meticuloso en que el que se hallaban acomodados los frascos. Sin embargo la obstinación del *profesor* era el motor de sus descubrimientos frecuentes, era insano para quien lo acompañase intentar hacerlo recapacitar. Por lo que preferí dejarme llevar.

En algún momento el *viejo* se detuvo. Entonces, lo vi observando una botella con tapa de vidrio, con un contenido líquido del color del sulfuro.

—¡Por Dios! Todo esto me recuerda a... —y comenzó a hablar solo por lo bajo.

Al momento, ya más sobresaltado dijo:

—¿Cómo es posible? No. De ninguna manera.

—Por favor ¿Qué le sucede?

—No, no, no. Es imposible ¡Espere un instante, hombre! Déjeme acomodar un tanto las ideas. Estoy frente a un dilema. Dígame... ¿qué ve en las botellas que está acomodando así, tan distraídamente? ¿No observa lo que pasa por sus manos?

Advertido, comencé a aguzar la vista. Los rótulos de los objetos que estaba reacomodando tenían nombres que pronto dieron aviso de algo singular.

—Déjeme ver. Alúmbreme un poco por favor. Sulfuro, Mercurio... metales... ¿Aguafuerte?... ¿Plomo?... Venus, Luna... ¿Marte?... ¿Los signos

de la química antigua?

—¡Exacto! ¡La alquimia!

—¿Alquimia? —dije denotando asombro—. No puede ser.

—Mire estos elementos —dijo mientras tomaba en sus manos piezas empolvadas—. Un alambique pequeño, un matraz, un mortero, pinzas... ¡La tiene frente a sus ojos, alcorcho! Son todos elementos de la alquimia. Aguafuerte es el nombre alquímico del ácido nítrico ¿O no?

—Estoy recordándolo, pero no es posible. La alquimia desapareció hace siglos.

—¡Por supuesto! Sin embargo aquí la tiene frente a sus ojos, en su altillo, en el bosquecillo, en los pilares de la tranquera. Esta casa es antigua, pero no tendrá más que un siglo ¿verdad?

—Cierto, pero ¿Cómo es posible? ¿Usted cree eso?

—Dígame los cuatro elementos de la alquimia...

—Agua, tierra, fuego, aire...

—¿Cuáles eran sus símbolos?

—Triángulos para el fuego y el aire, y para el agua y la tierra, triángulos invertidos.

El *profesor* sonrió mientras me miraba por encima de sus gafas hasta que dijo:

—Agua, el símbolo que se repite cuatro veces en el estanque de la finca.

—Es verdad —dije cayendo en la cuenta de que estaba en lo cierto—. De todas formas, tiene que haber otra explicación, la alquimia desapareció muchos años atrás. Es una idea inaudita. No se ofenda *viejo*, pero abandonemos esta extravagancia.

—Los símbolos están frente a sus ojos, amigo.

Por unos minutos trabajamos en silencio. A veces sentía su voz mencionando algún ingrediente sólido, o el antiguo nombre de un elemento químico, o algún polvo de segmentos corporales de alimañas. Como si estuviera leyendo para sí la receta de una bruja o una pócima antiquísima gestada para un conjuro. Luego de un lapso bastante considerable, el gran mueble se encontró desnudo. El profesor lo iluminó

lentamente indagando en sus ángulos. Al rato dijo:

—Esta suelto. No está amurado a la pared. Salvo en su lado derecho. Como si el armario fuese en sí una gran puerta. Veamos si lo podemos mover hacia adelante ¿Qué tiene en sus manos?

—Es solo un frasco —dije sonriendo. Todo aquello me parecía descabellado.

Miré lo que tenía entre manos. Sin darme cuenta me había aferrado a él. Era un frasco de porcelana blanco con tapa de plomo que difería del resto. Al parecer una antigua lonchera o un recipiente hermético pulcro. Sobre la tapa había sido tallado a cincel un signo alquímico que me era familiar pero la memoria me traicionaba. Traté de zarandear las ideas, hurgué en mis pensamientos procurando reconocer el signo hasta que el dato afloró.

Éter. La sustancia suprema, la trascendental y esotérica. Más que el oro mismo. La respuesta prodigiosa al gran enigma del vacío en el universo. Sonreí ante el asombro.

Había leído sobre ello. El signo intentaba mofarse de mí, que yo creyera que en mis manos sostenía una porción de la esencia primordia del universo. Encerrada en un recipiente.

Consideré a la idea absurda. Recordé a un viejo amigo de la adolescencia. El peluquero, un viejo yugoslavo, un anarquista. Que se le anticipó al *viejo* en el tiempo con sus fantasías sobre la sustancia de los alquimistas. Pude intuir que sobrevenía al momento una gran discursiva del *profesor*. Los anarquistas son todos iguales (pensé).

Quedé absorto por un instante, me recordé en la vieja peluquería, veinte años atrás. Aunque la nostalgia duró unos pocos minutos. El *viejo* me volvió a la realidad.

—Si estamos rodeados de frascos ¿Qué tiene en particular ese? ¿Por qué lo retiene? —dijo.

—Es un bello recipiente —respondí tontamente—. Posiblemente lo lleve a mi cocina para conservar alguna especie.

—¿Y? ¿Qué tiene ese frasco, muchacho?

—Éter, solo éter —dije sonriendo.

—¿Solo Éter? —dijo, mientras me observaba otra vez de ese modo que me fastidiaba.

—Solo eso —repuse intentando dar poco crédito al asunto.

—¿Sólo eso? —dijo y liberó sus manos para pararse frente a mí y acentuar su irritante forma de mirarme.

—Solo eso. No va a decirme ahora que también cree en el éter.

—¿Por qué no? ¿Por qué es tan incrédulo a todo?

—Porque sí. De seguro que intentará disuadirme.

—Yo creo en el éter, señor. Que habita todos los espacios, en todos los órdenes de la materia y su naturaleza. En el espacio extra-atómico, en la nube de electrones, en los espacios intersticiales entre células, y aún más; dentro de ellas, entre los tejidos que forman los órganos, y en las estructuras que los soportan. Que ocupa aquellos vacíos que el hombre no ha sabido conceptualizar. Lo intrigante de la sustancia subyace en que se asemeja tanto a la nada, que a veces caigo en la idea de que es la nada misma. El vacío que se cubre a sí mismo. De ahí que el hombre haya tratado de erradicarlo, porque no puede soportar la idea de que sea un germen de origen.

—¡Oh, el *horror vacui*! —contesté burlescamente.

—Pero ¿Por qué no? El *Horror Vacui* es intrínseco de nuestro espíritu. Es gracioso, la humanidad en el desarrollo científico ha demostrado una empecinada obstinación por explicar desde la Física cuanto fenómeno distinga. Aunque esa porfía no logre más que acentuar los vacíos a los que tanto teme. No todo responde a los sistemas cuantificadores. No todo puede ser cuantificado. Para la ciencia el Éter ha sido un potencial enemigo. Infunde miedo. El quinto elemento es una influencia. Una entidad inteligente, suprema e incuantificable.

—*Viejo*, suena extraño. Hasta podría decirse que es supersticioso. Y usted es un hombre de ciencia ¿De qué está hablando? ¿Intenta abalar teorías refutadas? Ese tipo de ideas tal vez jamás llegaron a tener cuerpo teórico sustentable.

—¡Pero, hijo! Permítame darle una visión particular sobre la sustancia.

—Por favor, hágalo —dije con tono socarrón.

—Piense al éter como una entidad cósmica. Que se mete entre los cromosomas, en los tejidos, en los huesos, en los fluidos y nos influye, nos adoctrina. Nos genetiza. Los griegos han abordado el tema ampliamente porque para ellos esto era un paradigma. Sucede, que estas ideas llegaron a nosotros ya debilitadas. Hay instituciones a las que esta visión filosófica perjudica ¿Entiende? —dijo otra vez mirando sobre sus

anteojos—. Imagínese que como fundamento ideológico es peligroso.

»Los místicos griegos e incluso los egipcios creían que la sustancia forjaba un estado primario. La fuerza original y primigenia que hace generar la fusión entre el ovulo y el espermatozoide e impulsa el proceso hacia el estado de mórula y blástula, feto y embrión. Domina estos procesos, nos hace sobrevivir a la muerte que se haya en cada estadio de la vida fetal y embrionaria. Nos dota de energía para implantarnos en el endometrio, generar capas embrionarias, órganos, sistemas, funciones. Rige las síntesis de toda la vida intrauterina. Como si fuera la fuerza de la naturaleza misma que opera en nuestras formas y nos amolda, nos prepara para sobrevivir al alumbramiento. Para luego abandonarnos.

—¿Para abandonarnos?

—Sí. Este estado primordial es el que nos hace únicos, ordena nuestros genes en concordancia con la especie, nos dota de humanidad. Es una fuerza de supervivencia. Nuestro origen y muerte. El gran enfrentamiento con la ciencia subyace en que rompe con una de las leyes naturales por excelencia: La ley de la conservación de la materia y la energía.

—¿Por qué?

—Porque a diferencia de la materia, esta sustancia se desvanece. Las partículas y sus fuerzas se disipan en los procesos. Y al nacer se atenúa, deja de ser un impulso. Mengua. Nos abandona, nos libra al azar de la vida, esfumándose remisamente toda aureola de conservación. Ni bien nacemos comenzamos a morir. Lentamente la sustancia efluye y la muerte acomete tras la emanación de los últimos atisbos.

—¿Es posible todo eso?

—¿Por qué no?

—Porque es arcaico pensar así. No responde a la ...

—Física. —me interrumpió.

—Sí. La contradice. Es casi blasfemo.

—¿Por qué todo en su mundo debe responder a la Física?

—No sé qué decir. Pero todo eso de todas formas no me parece posible.

—¿No? En menudo problema nos hemos metido.

—Creo que sí.